

Liturgia de renovación sacramento del matrimonio

Canto inicial: *Apura el paso* (u otro)

Sacerdote:

Señor Jesús, hemos venido hasta ti para entregarte nuestra gratitud por el inmenso don del sacramento del matrimonio que has regalado a estos esposos, congregados hoy en tu presencia.

Ellos quieren renovarse en la gracia del sacramento recibido, gracia que ha consagrado y sumergido su amor de esposos en la hoguera de tu amor. Han escuchado el llamado que les hace nuestro padre y fundador, de aspirar a la más alta santidad matrimonial. Arrraigados en el santuario de nuestra Madre y Reina, quieren renovar el sacramento del matrimonio.

Esposo y Esposa:

Señor, llegamos hasta ti, porque queremos sumergir, una vez más, nuestro amor en tu amor. Lo hacemos con inmensa gratitud y porque lo necesitamos.

Tú nos elegiste para ser un signo vivo de tu amor a la Iglesia y del amor de la Iglesia a ti. El mundo necesita este signo de amor, necesita ver esposos que le traigan esperanza, matrimonios que irradian y hagan creíble el amor para siempre. Por eso hoy te presentamos nuestro amor, para que lo fortalezcas y lo conviertas en un manantial que sacie nuestra propia sed de amor y la sed de amor que padece el mundo.

Esposo:

Tú, Señor, consagraste nuestro amor para hacer de él un amor pleno, radiante, puro e inmoviblemente fiel.

Esposa:

Pero tú también conoces nuestra debilidad y carencias. Sabes de nuestros límites y has sido testigo de nuestras caídas. Tú sabes de qué estamos hechos y has visto cómo, a menudo, hemos dejado entrar en nuestro hogar el espíritu del mundo, ese individualismo y materialismo que tanto daño nos hacen.

Esposo:

Por eso venimos hoy hasta ti, para rejuvenecer nuestro amor y volver a encenderlo en tu llama de amor viva.

Sacerdote:

Mira, Señor, a estos esposos a quienes constituiste luz del mundo y sal de la tierra. Tu amor nunca los ha dejado. Tu perdón y tu cercanía, nunca los ha abandonado. Tú los condujiste a María. Infundiste en sus corazones el amor a ella. Es ella, tu Madre y Esposa, quien hoy te dice una vez más: “No tienen vino”; a estos esposos les falta el

vino del amor generoso, el vino de una fe viva, de esa fe que vence el mundo; les falta el vino de un amor sacrificado, que pospone el propio yo para hacer feliz al tú. Les hace falta el vino de la paz interior y de la alegría.

Esposo y Esposa:

Sí, Señor Jesús, escucha los ruegos de María, la Madre del Amor hermoso y de la santa esperanza. Tomados de su mano, venimos hasta ti, porque creemos en el poder transformador y redentor de tu amor. Sabemos que tú eres fiel y que nos has elegido para glorificarte en nosotros, en nuestro esfuerzo por conquistar una auténtica santidad matrimonial y familiar. Quieres redimir nuestro tiempo, sus costumbres y su lejanía de Dios, desde el seno de nuestro hogar.

Esposo:

Señor, acógenos una vez más y purifica nuestro amor. En estrecha alianza con María nos ofrecemos a ti, tal como lo hicimos aquel día en que, ante tu altar, nos prometimos amor para siempre.

En la fuerza de ese amor ungido por ti, queremos convertirnos en un signo vivo y cercano del misterio insondable de tu amor.

Esposa.

Recibe, por eso, lo más grande que poseemos: nuestra mutua pertenencia, el tesoro de nuestro amor, la raíz de nuestra felicidad, lo que nos da fuerza y nos ata a ti.

En tus manos ponemos ese mismo amor que, llenos de esperanza, te regalamos en nuestra juventud. Ese amor al que hemos guardado y guardaremos siempre fidelidad.

(Los esposos se sacan sus anillos y lo depositan en la palma de la mano de su cónyuge)

Esposo y Esposa:

Hoy, cuando queremos renovar el vínculo santo que nos une, en primer lugar, quiero darte gracias por las innumerables muestras de amor que he recibido de ti, por tu apoyo y comprensión, por tu amistad y fidelidad, por los hijos que compartimos, pero también quiero pedirte perdón.

Esposo:

Perdóname, por el amor que no te he dado. Por mis egoísmos y rencores, por todo lo que ha empañado nuestra comunión de corazones.

Esposa:

Perdóname también tú a mí, por el amor que no te he dado. Por mis egoísmos y rencores, por todo lo que ha empañado nuestra comunión de corazones.

(Música de fondo o punteo de guitarra)

Canto: *Hoy perdóname*

Sacerdote:

Queridos esposos, cuando contrajeron matrimonio, el sacerdote bendijo los anillos que se regalaron el uno al otro y que ahora tienen en su mano. Les invito, en este momento, a que, una vez más y con renovado amor, se lo vuelvan a entregar a su cónyuge.

Esposo:

Recibe este anillo, como signo de mi amor y fidelidad a ti, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Esposa:

Recibe este anillo, como signo de mi amor y fidelidad a ti, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Canto:**Sacerdote:**

Señor Jesús, tú instituiste el sacramento del matrimonio, para hacer presente en medio del mundo el amor por el cual te uniste a tu Esposa, la Iglesia. En los esposos, consagrados por este sacramento, debía resplandecer la alianza que Yahvé prometió sellar con su pueblo elegido. Dijo Yahvé:

Lector:

*Yo te desposaré conmigo para siempre;
te desposaré conmigo en justicia y equidad,
en amor y compasión,
te desposaré conmigo en fidelidad,
y tú conocerás a Yahvé. (Os 1-2)*

Sacerdote:

Señor, lo que anunciaron los profetas, lo cumpliste plenamente al tomar carne en el seno de María Santísima y sellar con tu sangre la nueva y definitiva alianza. Haz, Señor Jesús, que la alianza matrimonial de estos esposos se convierta cada día más en epifanía y memorial de tu amor.

Llévalos, por la fuerza de tu gracia, a la plenitud a la que están destinados. Completa en ellos la obra que has iniciado.

Que el oro de sus anillos signifique siempre para ellos y para quienes los rodean, el gozo de vivir un amor puro, noble y perfecto; un amor fiel que, en ti, vence todos los obstáculos y que guarda la lozanía y belleza del primer amor.

Les pido ahora, que, como muestra de amor y fidelidad, besen el anillo en la mano de su cónyuge.

Canto: *Ven, amada mía*

Sacerdote:

Señor, a través del apóstol Pablo, señalaste a los esposos lo que esperabas de ellos. Los llamaste a que fueran reflejos tuyos para sus esposas, y las amaran como tú amas a la Iglesia.

Lector:

Maridos, amen a sus mujeres igual como Cristo demostró su amor a la Iglesia entregándose por ella: quiso así consagrarla con su palabra, lavándola en el baño del agua (del bautismo), para prepararse una Iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni nada parecido, una Iglesia santa e inmaculada.

Así también deben los maridos amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, como hace Cristo con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. (Efesios 5, 25-30)

Sacerdote:

Queridos esposos, ustedes saben cómo, a lo largo de la historia, innumerables maridos han denigrado la dignidad de sus esposas. Se ha abusado del poder. Se ha desfigurado esa imagen del Señor, cabeza de la Iglesia, que ellos debían reflejar. A ustedes corresponde ahora mostrar, en su amor, en su servicio, en su entrega sacrificada y generosa, la verdadera faz del Señor, esposo de la Iglesia.

Por eso, ahora, pido a los esposos, que tomen la mano de sus esposas, y que renueven su voluntad de realizar lo que el Señor les pide.

Esposo:

Querida esposa y compañera de mi vida, libremente te elegí y me entregué por entero a ti. Así como Cristo se entregó a la Iglesia y vertió su sangre por ella, yo también me entrego a ti, sin retener nada para mí.

Tu gloria, tu bien, tu plenitud y felicidad es lo que busco. Amándote como te amo, me siento responsable de ayudarte en tu camino de santidad.

Quiero olvidarme de mí mismo para que tu gozo sea pleno. Todo lo que tengo y lo que soy es tuyo. A ti te consagro todas mis luchas y desvelos. Quiero revestirme de Cristo Jesús y despojarme de todo aquello que en mí empaña su imagen, para que así mi amor te enaltezca, y, como su Iglesia, seas madre, esposa y reina.

Sacerdote:

El apóstol Pablo se dirige también a las esposas, diciendo:

Lector:

Sean dóciles unos a otros por respeto a Cristo: las mujeres a sus maridos como si fuera al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo, salvador del cuerpo, es cabeza de la Iglesia.

Como la Iglesia es dócil a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo.
(Efesios 5, 21- 24)

Sacerdote:

Ustedes saben, queridas esposas, que lo que el Señor les pide no es una sumisión servil, sino esa sumisión que el mismo Cristo tiene ante el Padre; esa sumisión, que proviene del amor y que tiene por objeto el amor. Es la misma sumisión y docilidad que toda la creación está llamada a brindar a Cristo, Cabeza de la Iglesia. Es esa apertura y receptividad que acoge y recibe al tú y que se entrega a él para hacerlo feliz. Es una sumisión liberadora que sólo conoce el verdadero amor.

Por eso, ahora pido a las esposas, que tomen la mano de sus esposos y que renueven su voluntad de realizar lo que el Señor les pide.

Esposa:

Querido esposo y compañero de mi vida, en ti veo al Señor y en ti me entrego plenamente a él. Por eso, una vez más te abro ampliamente mi corazón para recibirte y cobijarte con el calor, la intimidad y la donación total de mí misma.

Así como el misterio de la Iglesia es su total pertenencia a Jesús, así mi misterio es mi pertenencia total a ti, a quien siempre he amado y amaré toda mi vida.

También yo me siento responsable de ti, acompañándote por el camino de santidad al cual juntos fuimos llamados.

Me confío plenamente a ti, dispuesta a ayudarte en todo, a acogerte y apoyarte. Siempre te seré fiel. Siempre creeré en ti y siempre mi ofrenda será para ti. Quiero ser tu gozo y tu corona.

Canto: *Amor sin límites*

Sacerdote:

Señor Jesús, haz que estos esposos guarden incólume la lozanía de su amor en medio de los embates del tiempo y de las múltiples amenazas que los rodean. Glorifícate en ellos. Que la alianza de amor que han sellado con María sea la garantía del vínculo sagrado que los une. Que su vinculación al santuario sea la fuente de su vitalidad.

(Los esposos se ponen de pie)

Sacerdote:

Ante ti, Señor, les pido renovar la gracia del sacramento del matrimonio que los une. Por eso pregunto a los esposos:

- ¿Quieren continuar amando a su esposa y prometen serle fiel en lo favorable y lo adverso, con salud y enfermedad, y así amarla y respetarla, todos los días de su vida?

Esposos:

Sí, quiero.

Sacerdote:

Y ustedes, esposas,

- ¿Quieren continuar amando a sus esposos y prometen serle fiel en lo favorable y lo adverso, con salud y enfermedad, y así amarlo y respetarlo, todos los días de su vida?

Esposas:

Sí, quiero.

Sacerdote:

Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Como signo de su amor y entrega en el sacramento del matrimonio, expresen en un abrazo su unión en el Señor.

(Los esposos se saludan)

Sacerdote:

Con alegría, consagrémonos al Señor, cantando.

Canto: *Te consagro***Sacerdote:**

Queridos esposos, ustedes regresan ahora a sus hogares, a la vida cotidiana. Llevan en su corazón una nueva fuerza.

El Señor les dice: No se enciende una lámpara para ponerla en un tiesto sino en un candelero, para que alumbré a todos los de la casa (Mt 5, 15). Brille su luz ante los hombres para que, viendo sus buenas obras, alaben al Padre de los cielos. (Mt 5, 16)

El Señor los ha escogido y ha consagrado su amor, para que lo difundan con generosidad, en primer lugar a sus hijos; para que regalen a muchos lo que han recibido; para que salgan al rescate de tantos matrimonios y familias que necesitan de ustedes.

María Santísima implora constantemente para ustedes, en su santuario, las gracias del cobijamiento, de la transformación interior y del envío y fecundidad apostólica. Acudan asiduamente a él para beber de su fuente. En alianza con ella, tomados de su mano, creen en sus hogares y vivan con sus hijos un trozo de cielo, un mundo nuevo. Sean sal y levadura del mundo. Mucho han recibido, mucho, también, tienen que dar.

Bendición:

Reciban la bendición del Dios todopoderoso y rico en misericordia:

Que Dios Padre, del cual procede toda paternidad en el cielo y en la tierra les regale un amor generoso y dispuesto al sacrificio.

Todos: Amén.

Sacerdote:

Que Dios Hijo, los conduzca por la senda del verdadero amor.

Todos: Amén.

Sacerdote:

Que Dios Espíritu Santo, que ha encendido en ustedes el fuego del amor, habite en lo más profundo de sus corazones.

Todos: Amén.

Sacerdote:

Y que la bendición de Dios descienda sobre ustedes y sus hijos y permanezca para siempre.

Todos: Amén.

Canto final: *Cántico de María*